

LA FIGURA DEL LIBERTINO EN LAS NOVELAS DE VICENTE MARTÍNEZ COLOMER

RICARDO RODRIGO
Universitat de València

“Mis infortunios, lo mismo que mis venturas, me han demostrado que en este mundo, lo mismo el físico que el moral, el bien sale del mal, de la misma manera que el mal sale del bien”.

Giacomo Casanova, *Histoire de ma vie*

1. Una construcción sin fisuras

El franciscano Vicente Martínez Colomer (1762-1820?) es uno de los novelistas más obstinados en la defensa del universo cerrado del Antiguo Régimen. Sus novelas, que habían surgido como respuesta al “siècle du philosophie” y a los nuevos aires de afrancesamiento político y cultural, fueron reeditadas y leídas por un amplio conjunto de la sociedad valenciana, por lo que este religioso fue uno de los autores más leídos en los inquietantes años de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. El recuento de la producción novelística es fundamental para apreciar su aportación al universo de la ficción dieciochesca. A la primeriza novela de los *Trabajos de Narciso y Filomena*, le siguió un conjunto de novelitas sueltas reagrupadas en el tomo intitolado *Nueva Colección de novelas ejemplares* (1790), que incluye *La Narcisa*, *El petimetre pedante*, *La Dorinda* y *El hallazgo de Alejandrina*. Dos años más tarde aparece la primera edición de *El Valdemaro*, novela que se reeditará numerosas veces en los años sucesivos, y en 1795 publica

El impío por vanidad. El nuevo tomo de *Novelas morales*, de 1804, incluye las ya publicadas en 1790 y también *El impío por vanidad*. Finalmente, la producción narrativa se cierra con *Sor Inés* (1815), que, como subraya el catálogo de la librería valenciana de Domingo y Mompié, está “compuesta de hechos verdaderos del tiempo de la pasada guerra contra el francés”. Aparte de estas tempranas experiencias originales, que exploran en el universo de la novela bizantina, y que toman elementos de las novelas sentimentales o remedan el formato de las *novelas ejemplares* de Cervantes, el franciscano valenciano fue uno de los primeros traductores del *René* (1802) de Chateaubriand.

Los relatos son inequívocos en cuanto a su enseñanza moral, pues o bien ponderan los avatares de aquellos personajes que han confiado en la Providencia, o bien narran el derrumbe de aquellos otros que viven al margen de la religiosidad tradicional. Los primeros son personajes virtuosos y proféticos que se dejan guiar por la mano invisible de la Providencia y que alcanzan una felicidad beatífica; a pesar de sus dudas, al final comprenden el plan de salvación y son testimonio de la posible construcción del reino de Dios en la tierra. Por el contrario, el segundo grupo de personajes, que se comporta según el estilo de vida de los nuevos tiempos, se caracteriza por la impiedad, la blasfemia, el vicio, la fatuidad, la corrupción y el desenfreno.

El marqués de Montemblanco en *El petimetre pedante* (1790) y el marqués de Viruenga en *El impío por vanidad* (1795) dan cuerpo a la impiedad religiosa y el libertinaje moral hasta convertirse en los verdaderos protagonistas del relato. Junto a ellos cabe reseñar al marqués de Hondovalle de *Sor Inés* (1815)¹. Por supuesto que Martínez Colomer construye estos personajes licenciosos desde la más absoluta fealdad moral y animadversión. Los tres marquesitos son estereotipos del mal, sus absurdos argumentos son desmontados de raíz y su contumaz filosofía sólo conduce al abismo. Por consiguiente, son variantes de un estilo de vida moderno del que se intenta precaver al lector.

(1) Para facilitar la consulta del lector, citaremos abreviadamente las siguientes ediciones: *El petimetre pedante* (EPP), en *Nueva colección de novelas ejemplares, por doña Francisca Boronat y Borja*, Valencia, José ESTEVAN Y CERVERA, 1790; *El impío por vanidad* (EIPV), Valencia, José ESTEVAN, 1795; *Sor Inés* (SI), por el P. Fr. Vicente MARTÍNEZ COLOMER, Valencia, Imprenta de Francisco Brusola, Impresor de Cámara de S.M., 1815.

En conjunto, forman una singular tribu urbana que causa el desconcierto y la condena en las personas respetables. La tranquila vida de todos los días y el orden social y familiar se ven alterados y agitados con la presencia de estos volcanes de inestabilidad. En el ecosistema característico de las ciudades del litoral (más concretamente en Sevilla y Valencia) es donde su instinto depredador husmea, lanza sus ofensivas y halla refugio. El circuito que frecuentan no es el de las bibliotecas, las fábricas útiles, los gabinetes de historia natural o las reuniones artísticas, sino los teatros, los garitos, los cafés, los paseos y las tertulias a donde acuden las bellezas de la ciudad. Aunque presumen de superioridad intelectual y linaje distinguido, su educación ha sido guiada por gente zafia que sólo les han transmitido el gusto por los naipes, la guitarra, los espectáculos profanos, las cómicas y los bailes. Para colmo de sus males, de los viajes por Europa, y más concretamente por Francia, sólo han aprendido los ademanes afeminados, los vestidos indecentes, la moda de los petimetres, el afrancesamiento lingüístico, los libros perniciosos y la impiedad religiosa. El atuendo de don Paco María de los Dolores, marqués de Viruenga, es extraño al carácter grave y respetuoso de los españoles, y exterioriza bien a las claras su conducta licenciosa:

Un sombrero de tres picos, casi en forma de bonete, cubría su cabeza, cuyo pelo rizado con simetría y cargado de pomadas y de polvos formaba la más graciosa figura. Las facciones de su rostro, apenas podían descubrirse porque la barba de los carrillos dejada crecer con arte y el pañuelo que le rollaba flojamente el cuerpo hasta la mitad de la barbilla le absorbían, por decirlo así, toda la cara. Una estrechísima casaca, una chupeta bordada a la maravilla, unos calzones indecentemente ajustados, unas medias a manera de lagartos y unos zapatos con altísimos tacones acababan de adornar aquella preciosa figura (EIPV, 13-14).

El atrevimiento en el vestuario no tiene límites. Cuando el marqués visita la quinta señorial de los padres de Eugenio se presenta con un calzalzón inmodesto y escandaloso, tanto porque las telas eran de color carne, como por su extremada y deshonesto estrechez.

Los libertinos viven alejados de la moderación y la serenidad. Viajan en coches tirados de poderosos caballos, son impacientes e identifican sus movimientos y su ingenio con la viveza de la electricidad. Para ellos, el estudio riguroso o la reflexión laboriosa no ocupan

ningún momento de su jornada. La historia, el derecho, la religión, la arquitectura civil, la arqueología y las ciencias físicas son materias que patentizan su desgana intelectual. La única ciencia literaria les viene de su afición a las comedias amorosas y las novelas sentimentales. En ocasiones son propensos a los versos eróticos y las composiciones anacreónticas, pero en cuanto se lanzan a la creación literaria el resultado es ridículo, pues miden las sílabas con los dedos y tachan sus escritos hasta ensuciar pliegos enteros de papel. Los versos resultantes son tan fofos e inconsistentes que apenas produce efecto en sus destinatarias.

En su opinión, todos los atractivos modernos y el buen gusto corresponden a París o a Londres: allí las damas visten galantemente, son más sociables, saben cumplimentar con aire de marcialidad, son más ilustradas y llevan tras de sí “un convoy de cortejos y un destacamento de amantes” (EPP, 51). Si se les pregunta a los libertinos acerca de sus viajes siempre responden alabando a los extranjeros y criticando las costumbres españoles, porque –piensan– que sus compatriotas todavía están muy chapados a la antigua. Los representantes de la tradición les reprochan la nula utilidad que acarrearán estas salidas al extranjero. No han observado el carácter de los pueblos vecinos ni la cultura ni la industria. Y tampoco han penetrado en el espíritu de las leyes. Sólo han corrido el mundo para contraer su corrupción y sumergirse en el lujo y la sensualidad.

Estos petulantes marqueses no trabajan ni tienen una ocupación productiva, pero son embajadores de un nuevo espíritu de refinamiento. El ocio es su gran patrimonio y el eje que ordena la rueda de su vida, pues su quehacer cotidiano se reduce a desplazarse de “la cama a las tiendas, de las tiendas a la mesa, de la mesa a los cafés, de los cafés al paseo, del paseo a la comedia” (SI, 25). A veces pasan el día en el tocador, esperando al peluquero. Llegada la hora prevista, se visten, se pulen y se relamen. Un atavío de relojes, colgantes, campanillas y abanicos completan su vestuario. En el ejercicio de la delicada seducción es fundamental el lenguaje de los perfumes, y también las modulaciones de la voz, las variaciones de gestos y posturas “revolviendo aceleradamente los ojos, y haciendo mil estudiados ademanes para manifestar la viveza de su espíritu” (EPP, 20). Tantas cortesías e inclinaciones, además, se acompañan de términos innovadores y barbarismos afectados. Para ellos, la lengua más fascinante es el francés (EPP, 18), y por

ello, su extravagante jerga está repleta de galicismos (*tout a son temps, a la derniere, bel esprit, cavalier de esprit, sans façon, tout honneur, merveille, bon sens*), extranjerismos y forzadas calcos léxicos o sintácticos (*madama, honorante gusto, remarquable favor, le patentize de mis viajes, molestante, examinante de viajeros, servitor, abur*) que abocan su discurso a la charlatanería pedante.

Asimismo el callejeo constante ha doctorado a estos ciudadanos del mundo en las ciencias del jolgorio. Manejan muy bien las cartas, tocan afinadamente la flauta y la bandurria, manifiestan garbo y ligereza en el baile, montan a caballo con destreza y gracia y saben ganarse la estimación y el afecto de las damas más atrevidas, es decir, de aquellas “que tienen por aseo la profundidad de su traje, por marcialidad el aire lascivo de sus pasos, y por despejo la indecente libertad de sus movimientos, y cuya lectura se reduce a cuatro novelas amorosas, y a otros tantos cuentos inmodestos” (SI, 23). El marqués de Viruenga desprecia la formación intelectual del virtuoso Eugenio, siempre en las bibliotecas, entre librotos rancios y manuscritos sin sustancia. Mejor le hubiera ido y habría ganado más brillo visitando los cafés, las tertulias y los paseos, donde se aprende a pensar con finura: “Con esto y con dedicar algunos ratos perdidos a la lectura de tantos bellos libritos como han salido en este siglo ilustrado; hete aquí un hombre erudito a la perfección” (EIPV, 39).

La trama narrativa de estos relatos discurre para demostrar que los embustes y mentiras sin límite anidan en su proceder lujurioso. Los aventureros de vida enigmática no tienen domicilio conocido ni casa propia, pero ladinamente se cuelan en el seno de las familias principales y las residencias espléndidas en busca de nuevas presas para la satisfacción inmediata. Amparándose en los privilegios de cuna, que les garantizan un alto grado de impunidad, los libertinos burlan la autoridad patriarcal y cortejan a las jóvenes virtuosas, delicadas y modestas. Por ejemplo, el marqués de Montemblanco finge conocer y haber hablado con el padre de Isabela en Montpellier. Gracias a este engaño obtiene la confianza para visitarla y entregarle unos versos pedantes camuflados en el interior de un abanico.

En su interior de estos protagonistas no es posible adivinar sentimientos humanitarios. Carecen del sentido del amor, de la amistad y

de valores morales. Su verdadera identidad es la hipocresía. A pesar de que actúan como astutos gavilanes que no se acobardan ante las dificultades amorosas, la maliciosa tenacidad fracasa en cuanto tienen que vérselas con muchachas educadas a la antigua usanza. El orgulloso e insolente proceder del marqués de Montemblanco se despliega en una comida a la que ha sido invitado. Casi saborea las mieles de su conquista cuando es ridiculizado por el dueño y padre de la casa, que se presenta de incógnito. ¿De qué le han servido los viajes, el aire de libertad, el lujo y la sensualidad? ¿Para engañar a padres cuidadosos y honestas doncellas?:

“Esta es la utilidad de sus viajes, hacerse extravagante en el hablar, ridículo en el vestir, despreciable en sus monerías, odioso en su conducta; decidir de todo sin saber de nada, y formarse insípido charlatán y pedante en vez de hombre erudito” (88).

Justo en el momento en que Teodosio, el padre de Isabela, le recrimina su engañoso proceder, se presenta en aquella casa la infeliz Leonisa, acompañada de su hijo pequeño. Aquella infeliz mujer fue engañada por el marqués con la promesa de matrimonio y más tarde abandonada cruelmente (“sin atender a esta prenda tuya que llevaba en mis entrañas”, EPP, 90).

Este episodio es sintomático de cuán laxa es la moral sexual de los libertinos. Otro ejemplo del desenfreno se manifiesta en la quinta señorial de los padres de Eugenio, en la que el *impío* marqués de Viruenga sólo piensa en cortejar con expresiones libres a Carmela, su novia, y en buscarla corriendo por las habitaciones. Al final, se descubre que, en realidad, no se trata de un marqués, sino de un vagabundo de vida disipada que vive separado de su mujer. Desdichadamente la incauta Carmela había caído en sus redes. Primero salvó su resistencia repitiéndole mil veces el juramento de ser su esposo y después, cuando la muchacha ya estaba embarazada, el marqués se marcha a hurtadillas, sin decir cuál será su paradero. Eugenio no tiene ninguna duda:

El marqués es un bribón; en unas partes se hace marqués de Viruenga, en otras barón de Brines; aquí se hace natural de Málaga, allá de Extremadura, y nunca se sabe de fijo sino que es un *vagabundo* que tiene su mujer en Cádiz, de la cual hace ya muchos años que vive separado (EIPV, 121).

El microclima en el que han surgido es el correspondiente al periodo comprendido entre la Revolución Francesa y la invasión napoleónica. El marqués de Hondovalle ha progresado en nuevas lecciones de libertinaje e impiedad gracias al deleite con que ha examinado las novelas amorosas y las láminas obscenas que le han prestado algunos oficiales franceses.

A pesar de tanta indignidad, la mentalidad redentora de Martínez Colomer plantea siempre una moraleja final. El marqués de Montemblanco todavía tiene una última oportunidad para arrepentirse de su ridículo proceder:

Nací noble, y debo a la naturaleza un corazón bastante dócil y un espíritu harto vivaz; pero burló estos favores la mala educación que me dieron mis padres. Sin freno que sujetase mis pasiones, corrí libremente los primeros años de mi vida; y pareciéndome después estrecho mi país para contenerlas, resolví correr los extranjeros: pero, ¿con qué utilidad? Disipé mi dinero, aprendí las frivolidades y los vicios de los libertinos jóvenes con quienes me acompañaba, adquirí un gran fondo de altanería para despreciar a todos y hablar con aire decisivo aun en los asuntos que más ignoraba, junté un estéril caudal de cumplimientos afectados, de voces extranjeras y otras mil monadas para singularizarme; y, lo que es más, dejé correr sin límite mis apetitos hasta hacer alarde de la maldad: No quiero formaros ahora un retrato de mi vida: los sucesos que acabáis de ver ofrecen bastante idea para que os lo forméis vosotros mismo. Perdóname, Leonisa... (EPP, 93-95).

Su escarmiento debe servir de ejemplo para que los padres eduquen a los jóvenes y éstos se protejan de los petimetres pedantes.

2. Otras voces y enunciados

La imagen monolítica de las novelas de Martínez Colomer queda en entredicho al contrasrarla con la moderna interpretación teórica de Mijail Bajtin. Los conceptos de *dialogía*, *polifonía* o *carnevalización* del teórico ruso plantean la idea de que la narrativa es un espacio particularmente plural, puesto que refracta las orientaciones sociales del lenguaje, de la conciencia y de la realidad exterior. La novela es

definida por Bajtin como la expresión privilegiada de la diversidad de voces del discurso social.

Tanto la palabra individual como los discursos literarios representan un proceso de asimilación de voces ajenas, de ecos y reflejos de otros enunciados con los cuales se relacionan o se integran. Si el lenguaje es un instrumento socializado y la conciencia es múltiple, ya que todo hombre ve con los ojos del otro, todo enunciado, desde una breve réplica dialogada hasta una novela, posee los enunciados y las respuestas de los otros. Cada enunciado nos llega en un sombrero registro de surcos, pues incorpora ecos lejanos y cambios de sujeto discursivos, incorporando debates, parodias y consentimientos

La novela es un territorio singularmente polifónico o dialógico ya que refleja las orientaciones sociales del enunciado. La novela desmonta la voz autoritaria del narrador, que regula, controla y maneja a su antojo las voces del discurso. La presencia de voces o personajes discrepantes con la voz de autoridad y el potencial heterogéneo del discurso narrativo (directo, indirecto o indirecto libre) incorpora ecos lejanos y cambios de sujetos y otorga la palabra a cuantos la jerarquía, el orden y el poder silencian y oprimen para mantener sus normas. Por ello, los héroes de la novela son refracciones del discurso del otro.

Captar la dialogía de los textos significa romper el monopolio del lenguaje único, de la norma, la autoridad o el discurso del poder. Comprender significa desafiar al monologismo para captar lo múltiple, para sentir las voces de la historicidad e incorporar al oyente. La operación de leer consiste también en percibir las voces ajenas que nos llegan a través de las distintas instancias narrativas (autor, narrador, personajes), de la parodia o de los cambios de entonación, de las comillas, de la puntuación y del uso de los deícticos.

Pertrechados con las ideas de Bajtin es posible percibir en las novelas de Martínez Colomer las secretas voces de los materialistas del Setecientos, que hablan de felicidad sin sujeciones morales, de libertades individuales e instintivas, de deseos que obedecen a las leyes de la naturaleza. Son incondicionales de la moderna filosofía enciclopedista, que ha difundido la semilla del indiferentismo o del deísmo. Con la ayuda de la literatura materialista y clandestina han desarrollado su

libertinaje y ateísmo, pero ya no esconden sus convicciones ni muestran miedo a los inquisidores.

El marqués de Montenblanco, prototipo de *petimetre pedante*, explica que ha viajado por Italia, Alemania, Inglaterra, Flandes y Francia, de donde ha tomado el buen tono moderno y ha aprendido a guiarse “solamente por las penetrantes luces que me dio la naturaleza” (EPP, 80). Presume de haber conquistado a las damas francesas y no tiene reparos en manifestar su inconstancia amorosa: “A los de mi gusto en tanto nos agradan las damas en cuanto conservan su belleza, que en acabándose, abur” (EPP, 55). En otra de las novelas que nos ocupa, la visita del *impío* marqués de Viruenga a la casa de un joven virtuoso se salda con uno de los comentarios más atrevidos por parte del disoluto caballero. La biblioteca ocupa una de las estancias principales y está repleta de libros instructivos. En lugar de gastar su dineros en bailes, diversiones, actrices y rameras, el padre del muchacho ha empleado sus rentas en tratados, pinturas, y esculturas; ha promovido el buen gusto en las artes y las ciencias; ha protegido a los necesitados y, finalmente, ha contribuido al bien de la humanidad. Sin embargo, el marqués tiene otro criterio bien distinto, que ha deducido de las doctrinas de Helvetius: cada uno debe gastar a su real gusto, sin hacer caso de la prudencia ni de los fanáticos que a todas horas están hablando de vicio, virtud, castigo “y otras mil farándulas que sólo sirven para asustar a los espíritus débiles. No hay más virtud que lo que a cada uno le importe obrar” (EIPV, 25). Gracias a los libros modernos, afirma el marqués, se han roto las trabas y los grillos que aprisionan al entendimiento y se han lanzado al destierro las mil ridículas preocupaciones que lo tenían hecho un *zonzó*. Ahora ya puede filosofar con libertad (EIPV, 26).

Un excelente pavimento de mármol se ha destinado para el gabinete en donde se van a montar las máquinas de física, astronomía y otras producciones naturales. Allí se instalarán unos cuadros que representan la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza. El marqués, en lugar de esos *bichos* hubiese mandado pintar la isla de Chipre y la diosa del Amor, la dulce Venus, con todos los encantos de su belleza; y asimismo a la hermosa Diana, enteramente desnuda, en el baño, como la encontró Acteón. El testimonio involuntario de Martínez Colomer corrobora el nuevo gusto que los artistas del rococó francés

ejercen sobre los literatos y los libertinos españoles (como ya estudió el profesor David Gies). Los cuadros de Watteau, Boucher y Fragonard despliegan todo un mundo de frivolidad, erotismo, sensualidad y elegancia que son expresión de la aspiración dieciochesca al hedonismo, a la liberación y felicidad humanas. Bajo el disfraz de los querubines, las palomas y los espejos se adivina una potente energía librepensadora y un inédito deseo de romper con la moral represiva.

En idéntico sentido, los dos jóvenes caballeros que polemizan con Sor Inés expresan perfectamente las dudas y dilemas de los filósofos modernos. El marqués de Hondovalle expresa sin ambages su materialismo filosófico y su libertinaje moral:

Si uno hubiera de andarse siempre poniendo coto a sus deseos y freno a sus pasiones, dijo el marqués, eso sería un vivir muriendo: lo que importa señorita es vivir, vivir y gozar de los placeres que se nos ofrecen, que después vendrá la muerte y todo se acabó (SI, 15).

Su sinceridad y desparpajo con la joven beata no tienen límites. En un paseo por los alrededores le pide la mano para que él poco a poco pueda conquistar su corazón. Ante la negativa de la muchacha, asegura que “no hay genio más alegre, más abierto ni más placentero que el mío” (SI, 21). Gracias a las reprimendas de la virtuosa doncella, el lector moderno cae en la cuenta de cómo, por una parte, los lujuriosos materialistas se nutren con libros licenciosos, novelas amorosas y cuentos inmodestos, que, en opinión de Isabela “debían quemarse por mano del verdugo”, y, por otra, propagan su hedonismo furibundo mediante láminas obscenas. Todo este aparato de libertinaje e impiedad lo han aprendido en el trato con algunos oficiales franceses.

Tan radical es el fanatismo descreído del marqués de Hondovalle que muy pronto los personajes piadosos caen en la cuenta de que su recuperación es una tarea imposible, y así, la lección redentora de la novela se centra en don Carlos de Salazar, un joven noble, “idólatra de su razón” (SI, 3), entregado al estudio de las matemáticas y propenso a viajar por todo el mundo; aunque nacido y criado en una familia cristiana, las nuevas lecturas le han llevado a las dudas de su tiempo:

“unos dicen que no hay providencia, otros confiesan que la hay: unos que la materia piensa, otros que es incapaz de pensar, unos que no hay recompensa para la virtud ni castigo para el vicio, otros que el vicio será castigado y premiada la virtud” (SI, 11-12).

Lógicamente, cada vez que don Carlos plantea sus incertidumbres recibe la consiguiente sarta de reconvencciones. Fundamentalmente don Carlos se pregunta cómo se conjuga la libertad del hombre con la voluntad de un Dios que maneja los hilos de la historia, y cómo es posible que si Dios gobierna el mundo con su altísima Providencia haya tantas deformidades y tantos desórdenes. Isabela le responde que la razón del hombre es limitada y que no debe sondear aquellos profundos misterios que escapan a sus sentidos; a pesar de la aparente confusión, todos los materiales de la historia forman un extraordinario plan de salvación cuya incompreensión sólo es posible asumir desde el silencio reverente

Y así, aunque Martínez Colomer pretendía borrar del mapa social a los nuevos ciudadanos que ponen en jaque el poder de las instituciones tradicionales (monarquía, familia e iglesia), indirectamente nos facilita un precioso retrato de los libertinos y apóstatas de su época, que desprecian a los ministros de la Iglesia, impugnan las Escrituras e insultan la religión. Nunca se santiguan ni toman agua bendita ni atienden en el oratorio. E incluso se atreven a decir que dar gracias a Dios después de comer son antiguallas. En algunos momentos disfrutaban escandalizando a las señoras al calificar las citas de los Evangelios como patrañas o al afirmar que los trampantojos del infierno y de la gloria impiden al hombre el gozoso ejercicio de la libertad.

El marqués de Viruenga escandaliza a las señoras con citas de Helvetius y Rousseau. Unas veces se decanta por la apología de la felicidad y del placer, otras, por el egoísmo o el materialismo agresivo. Frente a la actitud del piadoso Eugenio, para quien la multitud de objetos de la creación proclaman la existencia de Dios, el marqués le replica afirmando que “Esa multitud prodigiosa de objetos (dijo el Marqués con prontitud) puede ser efecto de la casualidad” (EIPV, 63). Más adelante, la discusión teológica propicia que el marqués explique su rousseanismo confeso: él no niega la existencia de la Religión, pero ha visto tantas que ninguna le satisface. Si tuviera que elegir, preferiría una religión libre, sin trabas ni límites. En todo caso, y para finalizar, añade que la religión cristiana es contraria a la buena constitución de un estado moderno. Por supuesto que Eugenio replica y rebate lo que él considera blasfemias; él no se deja impresionar por las ideas de Voltaire, Montesquieu, Bayle, Helvetius y Rousseau, sino que, bien

al contrario, señala las limitaciones de la razón humana y la soberbia de aquellos que intentan traspasar los límites “que el Autor de la Naturaleza le prescribe” (EIPV, 65). Mejor es sujetarse a la grandeza de la Revelación y la doctrina de la Iglesia.

El más radical de todos es el marqués de Viruenga, que muere en el hospital sin recibir los sacramentos. Tiene los ojos cerrados, el rostro entumecido y amoratado y sufre agitados estremecimientos. No quiere oír el nombre de Jesús. Arroja de sí las ropas y rasga las vendas de sus heridas. La presencia del sacerdote lo enfurece aún más y rechaza la imagen del crucifijo. Su muerte es un acto de completa rebeldía, dispuesto al abismo:

... y como si viera ya al Juez terrible que iba a pronunciar en aquel instante su condenación eterna, arroja un grito despechado y lúgubre, vuelve la cabeza a la parte contraria y muere ¡Qué muerte! El terror se difunde en breve por todo aquel distrito, la priesa de echar de allí aquel espectáculo de horror, les hace precipitar las diligencia; todos quieren que se arroje luego, pero nadie se atreve a llegar hasta él: tal era el pavor que inspiraba aquel monstruo y fétido cadáver. Últimamente lo arrojan fuera de la ciudad y lo entierran entre las ruinas de un antiguo edificio bien lejano de sus muros (EIPV, 144-145).

Los relatos de Martínez Colomer son monolíticos en su argumentación ideológica. Pero, indirectamente, son un testimonio palmario de los cambios que se están operando en la sociedad española. Martínez Colomer lo advierte en el prólogo de *El impío por vanidad*. El disgusto con que veía circular novelas sentimentales y de amores indecentes le sugirió la idea de componer algunas otras que instruyen deleitando y que pudiesen arrinconar a las perniciosas. Para ello compuso un conjunto de relatos “sacando del centro mismo de la sociedad los argumentos que me parecieren más a propósito para la reforma de las costumbres” (EIPV).

El mundo prohibido que Martínez Colomer trata de desterrar en balde está compuesto de libros, pinturas lascivas, ropas, voces extranjeras, tratados filosóficos y una nueva clase de libertinos, seguidores de la Enciclopedia y la impiedad. Teodoro y Eugenio, personajes juiciosos de *El impío por vanidad*, no albergan ninguna duda:

Vos sabéis muy bien que cuantos hemos visto de este jaez en nuestros viajes, todos son libertinos. Sin más instrucción que algunos dichos picantes, algunas sales epigramáticas, algunos golpes satíricos, algunos pensamientos brillantes que contra nuestra santa Religión han visto, no en sus originales sino en algunos papeles proscriptos o tal vez en la famosa Enciclopedia, se hinchan de vanidad y por vanidad se alistan en la clase de espíritus fuertes, por vanidad se desdennan de reglar sus operaciones a la moral evangélica, por vanidad se avergüenzan de parecer cristianos, y por vanidad, en fin, se hacen impíos (EIPV, 44-45).

Esta nueva clase de ciudadanos, cuyas voces han penetrado en los intersticios del discurso narrativo, son expresión de una conciencia social múltiple y diferenciada, de una época en la que el mundo cerrado de los intransigentes y el de los embajadores de la libertad acabarían chocando frontalmente.

Bajtín oye voces ocultas en todo enunciado. Incluso en los relatos más unitarios, siempre es posible descubrir la voces de la pluralidad (dialogismo). Aunque Martínez Colomer quiso reducir algunas al silencio, lo único que logró es amplificarlas y obligar al lector a aguzar el oído para interesarse por las de Giacomo Casanova, Pablo de Olavide, el marqués de Mora, Leandro Fernández de Moratín, Meléndez Valdés o José Marchena.

Bibliografía

- BAJTIN, Mijail, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.
- BLASCO, Ricard, *La novel.la romàntica al País Valencià*, Barcelona, Curial, 1993.
- CASANOVA, Giacomo, *Memorias de España*, traducción y edición de Ángel Crespo, prólogo y artículo final de Marina Pino, Madrid, Espasa Calpe, 2006.
- FUSTER Y TARONCHER, Justo Pastor, *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días, y de los que aún viven. Con adiciones y enmiendas a la de D. Vicente Ximeno*, Valencia, Ildefonso Mompié, 1827-1830, 2 vols.
- GIES, David T., “Sobre el erotismo rococó en la poesía del siglo XVIII español”, en Ramón F. Llorens y Jesús Pérez Magallón, eds., *Luz Vital: estu-*

- dios de cultura hispánica en memoria de Victor Ouimette*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1999, pp. 85-95.
- , “Más sobre el erotismo rococó en la poesía española del XVIII”, Isaiás Lerner, Robert Nival, Alejandro Alonso, *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: New York, 16-21 de julio de 2001*, Newark, Juan de la Cuesta, 2004, pp. 3-28.
- MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del Dieciocho en España*, Madrid, Lumen, 1981.
- MARTÍNEZ COLOMER, Vicente, *Los trabajos de Narciso y Filomena: una novela cervantina del siglo XVIII*, Córdoba, 2000, edición, prólogo y notas de Antonio Cruz Casado.
- MARTÍNEZ COLOMER, Vicente, *El Valdemaro*, edición de Guillermo Carnero, Alicante, 1985,
- Paisajes sonoros en el Madrid del S. XVIII. La Tonadilla escénica*, Madrid, Museo de San Isidro-Ayuntamiento de Madrid, 2003.
- RODRIGO MANCHO, Ricardo, “El marqués de Mora, un libertino de la Ilustración” (en prensa).
- SULLÀ, Enric, ed., *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1996.
- ZAVALA, Iris M., “Dialogía, voces, enunciados: Bajtin y su círculo”, en *Teorías literarias en la actualidad*, Graciela Reyes, ed., Madrid, Ediciones El Arquero, 1989, 79-134.